

Gustave Flaubert. Madame Bovary. (El amor)

Mario Javier Pacheco García

El amor en Madame Bovary es, al igual que en Rojo y Negro, la constante de la novela, y el hilo conductor de la trama en medio de la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX, y contada con el realismo que Flaubert impregna en su obra.

La conciencia del lenguaje, y *“la distancia infranqueable entre realidad-real y realidad-novelesca, de la que habla Vargas Llosa*. Liberando personajes y lectores, se plasma en los protagonistas cuya forma de ser los hace predecibles para el lector que se adentra en la novela.

Emma, el personaje central, Madame Bovary, es psicótica, egoísta, ambiciosa, lujuriosa, simuladora e inestable, aficionada a las compras innecesarias y gastos suntuosos, propiciadora de toda la tragedia. Su padre el señor Rouault la conocía muy bien, y respiró aliviado cuando Bovary se la llevó. Obsesa por amor. Apasionada, sensual, sexual.

“Acostumbrada a los ambientes tranquilos, se inclinaba, por el contrario, a los agitados. No le gustaba el mar sino por sus tempestades y el verdor sólo cuando aparecía salpicado entre ruinas. Necesitaba sacar de las cosas una especie de provecho personal; y rechazaba como inútil todo lo que no contribuía al consuelo inmediato de su corazón, pues, siendo de temperamento más sentimental que artístico, buscaba emociones y no paisajes” Pág. 22

Carlos Bovary: de carácter apocado y conformista, dominado por su madre y sus esposas, la primera y la segunda, siempre ha sido sobreprotegido. No disentía, solo aceptaba, aburría a Emma pero él estaba locamente enamorado de ella, era feliz con lo que la vida le daba y carecía de la malicia necesaria para observar la maldad en las personas cercanas, mucho menos en Emma, a la que adora, pero que despierta intereses sexuales en varios de los personajes de Flaubert, entre

ellos el prestamista y Justino, además de sus dos amantes, León y Rodolfo, en quienes la infiel esposa despliega su sensualidad e inconformismo, que la llevarán finalmente al abandono, a la quiebra y al desespero, arrastrando a en su caída a su esposo Carlos, el único que ingenuamente no se percata de lo que es su mujer.

En Madame Bovary el sexo juega un papel importante pero no es explícito, Flaubert hace que el lector únicamente lo intuya. Madame Bovary es una experta en las lides del sexo, pero el término sexo solo lo utiliza cinco veces, así: “sexo fuerte”, “sexo débil”, “bello sexo”, “mismo sexo” y “de su sexo solo tiene el vestido”. Pág. 57.

Escribir una novela en la cual la protagonista se mueve en pos del sexo y sin embargo el término sexo no se menciona, es bien interesante. El novelista es un maestro.

La declaración de amor y la mediación de los padres, inimaginables en el siglo XXI, fueron muy convenientes para la cortedad del carácter de Carlos. Su primera mujer, Eloisa, fue negociada por Madame Bovary madre. Con Emma se casa a partir de la ayuda de su propio suegro, que quería casar a su hija. Es el mismo padre quien pregunta a Emma si quiere casarse con Carlos, y la señal de aceptación será la apertura de par en par de un postigo sobre una ventana de la casa de Emma. Así eran las cosas del amor entonces.

La ceremonia de casamiento en aquella época representa pasajes muy curiosos:

“Emma quería casarse “a medianoche, a la luz de las antorchas; pero el tío Rouault no compartió en absoluto esta idea. Se celebró, pues, una boda en la que hubo cuarenta y tres invitados, estuvieron dieciséis horas sentados a la mesa, y la fiesta se repitió al día siguiente y un poco los días sucesivos.”

En las manifestaciones de desamor de Emma hacia Carlos, se ven retratadas muchas parejas actuales que no se dan por enteradas que el otro o la otra ha dejado de querer.

Aquí algunos diálogos del desamor. A Emma le parecía:

“la conversación de Carlos insulsa como una acera de calle, y las ideas de todo el mundo desfilaban por ella en su traje ordinario, sin causar emoción, risa o ensueño.

Nunca había sentido curiosidad -decía- cuando vivía en Rouen, por ir al teatro a ver a los actores de París. No sabía ni nadar ni practicar la esgrima, ni tirar con la pistola, y, un día, no fue capaz de explicarle un término de equitación que ella había encontrado en una novela.

¿Acaso un hombre no debía conocerlo todo, destacar en actividades múltiples, iniciar a la mujer en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida, en todos los misterios? Pero éste no enseñaba nada, no sabía nada, no deseaba nada. La creía feliz y ella le reprochaba aquella calma tan impasible, aquella pachorra apacible, hasta la felicidad que ella le proporcionaba” Pág 25

Carlos La veía por detrás, en el espejo, entre dos candelabros. Sus ojos negros parecían más negros. Sus bandós, suavemente ahuecados hacia las orejas, brillaban con un destello azul; en su moño temblaba una rosa sobre un tallo móvil, con gotas de agua artificiales en la punta de sus hojas. Llevaba un vestido de azafrán pálido, adornado con ramilletes de rosas de pitiminí mezcladas con verde.

Carlos fue a besarle en el hombro.

-¡Déjame! -le dijo ella-. Me arrugas el vestido. P 30

-¡Qué pobre hombre!, ¡qué pobre hombre! -decía en voz baja, mordiéndose los labios.

Por lo demás, cada vez se sentía más irritada contra él. Con la edad, Carlos iba adoptando unos hábitos groseros; en el postre cortaba el corcho de las botellas vacías; al terminar de comer pasaba la lengua sobre los dientes; al tragar la sopa hacía una especie de cloqueo y, como empezaba a engordar, sus ojos, ya pequeños, parecían subírsele hacia las sienes por la hinchazón de sus pómulos.” P 38

“Napoleón comenzó a dar gritos, mientras que Justino le limpiaba los zapatos con un puñado de paja. Pero hizo falta una navaja; Carlos le ofreció la suya.

-¡Ah! -se dijo ella-, lleva una navaja en su bolsillo como un campesino P 61

La infidelidad esta cantada, La pasión y curiosidad, las ganas de vivir de Emma y la pasividad y tranquilidad de Carlos, que se conforma con lo que tiene. Emma trasluce insatisfacción permanentemente y Carlos no se da por enterado. Incluso es Carlos con su ingenuidad, su falta de malicia y de celos quien allana el camino de la traición. Se la pone en bandeja de plata a sus dos amantes:

“Hago mal, hago mal -decía ella-. Soy una loca haciéndole caso.

-¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

-¡Oh, Rodolfo!... -dijo lentamente la joven mujer apoyándose en su hombro.

La tela de su vestido se prendía en el terciopelo de la levita de Rodolfo; inclinó hacia atrás su blanco cuello, que dilataba con un suspiro; y desfallecida, deshecha en llanto, con un largo estremecimiento y tapándose la cara, se entregó. P 95

Emma no se arrepiente, no tiene el menor asomo de culpa por la traición a su marido, al contrario, disfruta la infidelidad:

“Se repetía: «¡Tengo un amante!, ¡un amante!», deleitándose en esta idea, como si sintiese renacer en ella otra pubertad. Iba, pues, a poseer por fin esos goces del amor, esa fiebre de felicidad que tanto había ansiado.” P 96

“En efecto, aquella ternura crecía de día en día, a medida que aumentaba el rechazo de su marido. Cuanto más se entregaba a uno, más detestaba al otro; jamás Carlos le había parecido tan desagradable, con unas manos tan toscas, una mente tan torpe, unos modales tan vulgares como después de sus citas con Rodolfo, cuando se encontraban juntos.” P111

Flaubert también desdibuja el enfrentamiento eterno entre suegra y nuera

“La madre estaba de acuerdo con esta economía, pues iba a verlo como antes, cuando había habido en su casa alguna disputa un poco violenta; y sin embargo la señora Bovary madre parecía prevenida contra su nuera. ¡La encontraba «de un tono demasiado subido para su posición económica»; la leña, el azúcar y las velas se gastaban como en una gran casa y la cantidad de carbón que se quemaba en la cocina habría bastado para veinticinco platos! Ella ordenaba la ropa en los armarios y le enseñaba a vigilar al carnicero cuando traía la carne. Emma recibía sus lecciones; la señora Bovary las prodigaba; y las palabras de «hija mía» y de «mamá» se intercambiaban con un ligero temblor de labios lanzándose cada una palabras suaves con una voz temblando de cólera.” Pág, 26

“Carlos no sabía qué responder; respetaba a su madre y amaba infinitamente a su mujer; consideraba el juicio de una como infalible y, al mismo tiempo, encontraba a la otra irreprochable. Cuando la señora Bovary se había ido, él intentaba insinuar tímidamente, y en los mismos términos, una o dos de las más anodinas observaciones que había oído a su madre; Emma, demostrándole con una palabra que se equivocaba, le decía que se ocupase de sus enfermos”. Pág.27